

“Esa Boba Chica Nice”*: cuerpos moldeados, mujeres sometidas

Diana Britto Ruiz**

Resumen: El presente artículo desarrolla una reflexión acerca de los ideales de belleza femenina promovidos por el mercado y los mass-media, dando cuenta de datos estadísticos e informes periodísticos de los trastornos que generan, en términos de mortalidad y morbilidad en la población femenina

La primera parte del análisis responde, desde una perspectiva psicológica, a la pregunta ¿cómo se constituye como sujeto una mujer? La segunda parte aborda desde una perspectiva sociocultural la pregunta ¿cómo debe ser una mujer?, desde la premisa de que las prácticas de educación y moldeamiento del cuerpo tienen sentido en la modernidad como una forma de control social. Finalmente se busca, desde una perspectiva política, señalar cómo el “boom” de la estética corporal es un mecanismo de dominación principalmente dirigido a la mujer, al cual las políticas públicas y la legislación no logran dar respuesta, manteniendo a éstas en un lugar pasivo como sujeto y actor político.

Palabras clave: cuerpo, estética, empoderamiento, dominación

Abstract: The present article explores on the ideal of feminine beauty promoted by the market and the mass-media, and gives statistical information and journalistic reports on disorders they can generate in terms of mortality and morbidity in the female population.

The first part of the analysis responds, from a psychological perspective, to the question on **how a woman comes to be considered as a subject**. The second part of the text approaches, from a sociocultural perspective, the question on **how a woman should be**, from the premise that educational practices and molding of the body make sense in modern times as ways of social control. Finally, the text seeks to point out, from a political perspective, how the “boom” of the corporal aesthetics is a domination mechanism mainly applied to woman, to which public policies and legislation fail to give an answer, keeping them in a passive role as subjects and political actors.

Key words: body, aesthetics, empowerment, domination.

* * *

El título de este escrito puede resultar agresivo, impertinente y hasta descalificador, por ello creo que lo primero que debo aclarar es que lo único que pretendo es llamar la atención sobre una problemática que es cada vez más evidente en nuestro contexto, me refiero a ese ideal de belleza femenina parametrizado que debe ser alcanzado aún con el alto costo de la vida misma, como lo demuestran datos estadísticos e informes periodísticos que hablan sobre la mortalidad relacionada con intervenciones quirúrgicas estéticas y la morbilidad relacionada con trastornos de la alimentación.

Por ejemplo, el pasado mes de febrero circuló en los medios de comunicación la triste noticia del fallecimiento súbito de una joven modelo antioqueña, como resultado de una dieta continuada, un plan de acondicionamiento físico extenuante y probablemente del consumo de algunos medicamentos para adelgazar. También hemos tenido noticia del fallecimiento en quirófanos de personas del común y corriente. Probablemente muchos conocen por lo menos una historia de éstas.

A estas alturas es ineludible la pregunta acerca de ¿qué está pasando con estas mujeres que ponen en un segundo lugar su bienestar físico y psicológico para lograr una figura que se adapte a los parámetros de belleza dominantes?

Y como una manera de abordarla plantearé a continuación una reflexión en tres sentidos, uno psicológico, uno sociocultural y otro político, para tratar de argumentar en pro de la hipótesis de que ese estándar de belleza “talla 6” es un mecanismo de dominación que impide a las mujeres el desarrollo de autonomía y empoderamiento.

La primera parte del análisis se ocupará de la esfera de lo individual, y específicamente, desde una perspectiva psicológica, a la pregunta ¿cómo se constituye como sujeto una mujer?

La segunda parte del análisis, es abordada desde una perspectiva sociocultural, y busca responder a la pregunta ¿cómo debe ser una mujer?, desde la premisa de que las prácticas de educación y moldeamiento del cuerpo tienen sentido en la modernidad como una forma de control social.

Y la tercera parte del análisis buscará, desde una perspectiva política, señalar cómo este “boom” de la estética corporal es un mecanismo de dominación principalmente dirigido a la mujer, al cual la política pública y la legislación no logran dar respuesta, manteniendo a las mujeres en un lugar pasivo como sujeto y actor político.

¿Cómo se constituye como sujeto una mujer?

Esta es una pregunta muy difícil, y explicarla en pocos términos la hace más difícil aún, pero podríamos empezar por decir que la mujer en su nacimiento, o incluso antes, en las ecografías, es definida como tal desde la carencia, es decir, ante las evidencias físicas en el pequeño cuerpo del bebé, se dice con certeza que es una niña básicamente porque no tiene pene. En pocas palabras no es hombre, por lo tanto es mujer.

Este hecho aparentemente obvio y trivial marca todo el sentido de la vida psíquica de las mujeres, pues así empezamos una infancia definidas desde lo que no tenemos y no desde lo que tenemos, y esto repercute en dos sentidos diferentes: por una parte aceptar esa “castración” con dolor y con la pregunta permanente acerca de por qué no fuimos suficientemente dignas de ese regalo, que parece ser tan importante para todos los adultos que la rodean, y que por ende, nos plantea como seres incompletos, merecedoras de consideración e incapaces de gran cantidad de cosas.

Y en el otro sentido, la repercusión de la carencia puede ser el surgimiento de la esperanza de poderla resolver logrando desarrollar una especie de “pene” que represente poder y reconocimiento, o algo parecido, que nos saque de la incompletud.

La carencia puede ser también resuelta logrando atraer a alguien poderoso que nos llene externamente, que nos haga sentir poseedoras, es decir, logrando atraer un macho, un amo; y la ruta aparentemente más expedita para ello es desarrollando unas formas seductoras, senos prominentes y cuerpo con los estándares de moda, que la afiancen como mujer. Los senos juegan un papel fundamental, y tal vez por ello son los que con más dedicación se fabrican en las salas de cirugía, pues hasta que ellos emergen, en la adolescencia, la identidad femenina está marcada por la carencia, con su aparición es posible definirse desde lo evidente como mujer.

La paradoja de la definición como mujer está en que ese elemento que al fin nos da identidad propia, es también el elemento que nos acerca a un pene real, aunque sea prestado, es decir, con ellos es posible conquistar a un hombre poseedor de todo lo que en el mundo simbólico ese pene representa: fuerza, poder, dominación.

Si es esta la ruta que se elige como mujer, se establece una dinámica perversa en las relaciones entre los sexos, pues esa experiencia de vivirse como un ser desposeído y posteriormente como poseedora de algo que los hombres desean, hace que se sienta realmente completa y realizada solamente cuando es objeto de deseo. Ser deseada es lo más importante para la definición de su identidad.

Al respecto, en su texto *Mujer, Amor y Violencia*, señala Florence Thomas (1990): “...nos explica también, por lo menos en parte por qué nosotras buscamos sin descanso su palabra tranquilizadora, que nos ayude por fin a sentirnos sujeto deseado; porque necesitamos explorar su amor, cuestionarlo sin tregua, para reafirmar una identidad tan difícilmente construida y encontrarle, por fin, un valor a esta femineidad tan negada en un mundo hecho a la medida masculina”.

Veamos ahora el otro elemento que viene a conjugarse con esta dinámica individual, lo social. La educación y moldeamiento del cuerpo como una forma de control social al servicio de ciertos intereses hegemónicos dominantes.

¿Cómo debe ser una mujer?

Según Zandra Pedraza (1998), si echamos una mirada histórica a los patrones de crianza desde de los siglos XIX y XX, incluso probablemente antes, es posible identificar un común denominador en relación con el control de los aspectos más básicos de la naturaleza orgánica del cuerpo relacionados con el disciplinamiento, el control de sus funciones, llegando incluso a la posibilidad de convertirlo en un elemento u objeto de ostentación e intercambio.

La emergencia de la modernidad hizo aflorar nuevas categorías en la sociedad, entre ellas por ejemplo las de niñez y juventud, y con ellas surgen instituciones tales como la escuela y el servicio militar que cumplen un importante papel en el objetivo de entrenar y acondicionar a las personas para prestar un servicio al naciente y floreciente capitalismo (Feixa, 1999).

Con la mayor concentración en zonas urbanas y la emergencia de las fábricas, se hace necesario preparar para la rutina y la repetición los cuerpos de todas esas personas potenciales obreros y obreras, y esta tendencia se desarrolla simultáneamente con la de algunos matices en materia de género, es decir, la educación de las mujeres se hace muy fuerte en aspectos como el control del cuerpo y la descalificación de sus expresiones orgánicas. De allí por ejemplo, el creciente mercado de todo tipo de productos para el control de funciones básicas de la biología femenina.

El cuerpo femenino sigue siendo valorado negativamente a pesar de ser tan admirado, se considera “sucio” todo lo relacionado con la menstruación, es calificada como enfermedad. Pero esta descalificación se convierte también en un elemento de sugestión en el mundo del mercadeo, y nos convertimos en consumidoras, se nos presentan permanentemente productos para controlar el “mal olor”, y de allí surgen productos como los protectores diarios de pantys, los desodorantes vaginales, etc.

Esta tendencia de domesticación del cuerpo se expresa también en discursos científicos: la higiene, la nutrición, la medicina y el deporte; y en otros discursos que podrían denominarse académicos: como la pedagogía y la educación física; pero son evidentes también en otros discursos que no reclaman ninguno de estos estatus, tales como: la urbanidad y la estética corporal. Lo común a todos estos discursos es su pretensión de formar a las personas dentro de ideales concretos de la modernidad y la forma de alcanzarla.

Surgen así ideas e ideales como la higiene, de la que hablaba hace un momento, la cultura física, el orden, el progreso, y en última instancia el deseo y la felicidad encarnados en cuerpos sanos, hermosamente cultivados, jóvenes y domesticados.

Me quiero detener un momento en la idea de la salud y en la importancia del desarrollo de hábitos saludables, pues detrás de este discurso hay una ideología de dominación con un claro origen hegemónico. Ya lo resaltaba Meter Marsh (2001), en el interesante ensayo, “Alabanza a los malos hábitos”, cuando plantea que se han vuelto dogma los preceptos de la OMS, incluso en cuestiones claramente en contravía de perspectivas culturales, sociológicas, históricas y políticas, cual es el caso por ejemplo, de los patrones de estatura y peso, o de la comida saludable, o del tipo de rutinas que se deben adoptar para el cuidado personal.

Dice Marsh: “En el contexto de esta era postracional, la idea de un «modo de vida correcto», fundamentada mayormente en ideales narcisistas de la salud, ha llegado a orientar las vidas de la gente de maneras que antes caracterizaban el poder de las religiones establecidas. En lugar de fe en las creencias y doctrinas de la Iglesia oficial, ahora seguimos servilmente las igualmente falsas promesas de las profesiones promotoras de la salud: las mismas que nos quieren hacer creer que si llevamos la vida «buena» disfrutaremos de vitalidad y belleza inacabables”.

Para finalizar este punto, me gustaría comentar un dato anecdótico adicional, que refuerza la idea de que los patrones de belleza y confort que predominan en estas prácticas de embellecimiento son totalmente desconocedoras de la pluralidad y dictadas por una elite hegemónica. Encontré en un artículo de la revista SOHO, que alguien se tomó el trabajo de hacer un seguimiento desde los años 50 a las fotos de página central de la revista Play Boy, una revista emblemática norteamericana, y encontró que en promedio, solamente aparece en estas páginas una mujer negra, cada dos años. Es decir, si tomamos lo que muestra esta revista como la máxima expresión de esos cuerpos moldeados, saludables, bien cuidados, deseables y felices, que quieren llegar a ser nuestras mujeres quirúrgicamente moldeadas, estamos hablando de una negación de sí mismas en pos de un ideal importado.

He hablado hasta este momento de la difícil tarea de ser y reconocerse mujer en la esfera de lo individual, y de una suerte de ideología eugenésica que propone que quien posee todas esas “virtudes” corporales es buena, disciplinada, deseable y moderna, en oposición a que, quien no logra esa imagen física, encarna lo despreciable, lo descontrolado y por lo tanto lo malo. He aquí dos elementos que combinados en un contexto particular como el nuestro produce estas mujeres objeto, que solamente logran ser si son observadas y deseadas; es como si permanecieran vacías de sentido, a pesar de tanto relleno en algunas zonas visibles. Pero ¿qué tendría que decir la política al respecto de este fenómeno?

¿Cuál es el lugar de la Mujer?

La primera cuestión que llamó mi atención en este aspecto es que en el debate político en relación con el fenómeno del moldeamiento, permítanme que lo llame así, es que no hay ninguna reacción desde las instancias políticas frente a un fenómeno de salud pública como este. La segunda es encontrar que algunas de las figuras femeninas en la política colombiana, ministras y senadoras, son mujeres con algunos “retoques” para lucir ese “look” estandarizado, o que algunas de las modelos más destacadas del país, entendiéndolo que ellas son las mejores exponentes de lo deseado en esa categoría estética, son cercanas a algunos de los políticos más prominentes.

Estos datos me permiten aventurarme en una primera aseveración: este no es un cuestionamiento que haya sido abordado en el mundo político. Salvo quizá un fenómeno de los últimos días, en el que la primera dama de Medellín, tal vez por su calidad de académica, más que por el de primera dama, hizo un llamado a los organizadores de Colombiamoda, para que no contrataran como modelos a jóvenes con una talla inferior a la 8.

En materia de política pública no encontré nada, ni en el campo educativo, ni en el de la salud. Solamente logré rastrear el proyecto de ley 74 de 2004, por medio del cual se reglamenta la especialidad médico-quirúrgica de Cirugía Plástica. Si bien, este es un avance importante para que por lo menos no pululen los teguas que ejerzan inescrupulosamente, no logra, a mi modo de ver, reflejar una posición crítica respecto al fenómeno. Se trata de que todas las que se quieran operar, y cuenten con los recursos económicos, lo hagan con un médico cirujano plástico y no con un aficionado.

Queda entonces, dentro de esta perspectiva política, pensar cuál ha sido el papel de las organizaciones sociales y políticas de mujeres en esta materia; y creo que tampoco es muy destacado, pues lastimosamente, sus pronunciamientos han sido descalificados e interpretados como el de ‘unas feministas, lesbianas, resentidas y feas, que envidian la belleza de estas mujeres claramente heterosexuales y felices’. Es probable que sus planteamientos hayan sonado agresivos para las mujeres mismas, al cuestionar esta suerte de secta de la salud y la belleza, pues no podemos olvidar que esto se ha convertido en un estilo de vida, con ideología propia.

Valdría la pena en este punto considerar una idea propuesta por Lipovetsky en su libro *La Tercera Mujer*, en el que de manera muy clara logra presentar cómo pese a que la mujer ha logrado conquistar escenarios de poder, se mantiene anclada en ciertas prácticas culturales tradicionalmente femeninas, en aspectos como el culto a la belleza y a la admiración, manteniéndola suspendida en un lugar secundario. Dice Lipovetsky (1999): «Creo que la mayor parte de las mujeres desean ser cortejadas, deseadas... y esto explica que la tradición se perpetúe... existe la necesidad imperante de recomponer la identidad femenina».

Es necesario entonces que desde diferentes escenarios, incluido obviamente el académico como lo hacemos hoy, se plantee la pregunta por el lugar de la mujer en nuestra sociedad y en relación con el poder. Que se cuestione a los Colegios que sigan dando gran importancia a eventos del tipo desfiles de moda, y no se forme en niñas y niños una actitud crítica respecto a su papel como hombres y mujeres en la sociedad. También, que se cuestione a los medios masivos de comunicación por usar la imagen de la mujer-objeto de promoción.

Es necesaria entonces una perspectiva política, en el sentido de que solamente en la medida en que las mujeres podamos hacer un cuestionamiento a nosotras mismas y a nuestro lugar en la sociedad, podremos hacer evidentes estas lógicas de exclusión y sometimiento en todos los escenarios de la sociedad. Para lograr así empoderarnos internamente con posibilidades de estar libres de mandatos estéticos, políticos, sociales y culturales que impidan el libre desarrollo de la autonomía y un papel activo

en la construcción de una sociedad verdaderamente democrática.

Hablo de empoderamiento en el sentido en que lo plantea Schuler (1997):

Mayor poder para tomar decisiones
Sentido de seguridad y visión de futuro
Capacidad de ganarse la vida
Capacidad de actuar eficazmente en la esfera pública
Movilidad y visibilidad en la comunidad

El empoderamiento tiene que ver con procesos materiales y simbólicos que desarrollen una capacidad para hacer y transformar. Pero para empoderarnos tenemos que deconstruir las subordinaciones interiorizadas, como esta de lucir bella a cualquier costo; desarrollar la capacidad crítica, de cuestionamiento, de autocuestionamiento y reconocimiento, que nos permita poner en tela de juicio los mandatos de una sociedad patriarcal que acogemos desde nuestra primera socialización infantil y que con los años se van refinando e interiorizando como parte “natural” de nuestra personalidad. En definitiva, un empoderamiento que nos lleve al protagonismo que puede trastocar el escenario público.

A manera de conclusión

Vale la pena cerrar diciendo que las Chicas Nice, no son bobas, están inmersas en una lógica de sometimiento y dominación que les impide asumir un rol activo en relación con sus vidas y su papel en la sociedad.

Si bien el ser mujer es tan difícil como lo planteo al inicio, no es un túnel sin salida. Ciertamente que la tiene, y pasa por la vía de la conciencia de género y del logro de autonomía, entendida como la posibilidad de reflexionarse, de situarse como individuo y en la sociedad, asumiendo con responsabilidad sus decisiones y los costos que acarrear; y además, por encarar el papel que tenemos cada una de nosotras y nosotros en la formación de futuras generaciones.

Y si se logra esa autonomía, es necesario que ella dé paso el empoderamiento político, en el que las mujeres podamos incluirnos como sujetos de derechos que somos, para la construcción de un proyecto de sociedad más justa.

Bibliografía

- Dolto, Françoise (1984), *Sexualidad Femenina: libido, erotismo, frigidez*, Paidós. España.
- Feixa, Carles (1999), *De Jóvenes, Bandas y Tribus*, Editorial Ariel, España.
- Freud, Sigmund (1979), “Tres Ensayos sobre la Teoría Sexual”, en *Obras Completas*, T. VII, Amorrúrtu, Buenos Aires.
- Lipovetsky, Gilles (1999), *La Tercera Mujer: permanencia y revolución de lo femenino*, Editorial Anagrama, España.
- Marsh, Peter (2001), “En Alabanza a los Malos Hábitos”, revista *El Malpensante*, http://www.elmalpensante.com/37_habitos.asp, traducción de Carlos José Restrepo, Colombia.
- Mitchell, Juliet (1976), *Psicoanálisis y Feminismo*, Anagrama, Barcelona.
- Pedraza Gómez, Zandra (1998), “Cultura Somática de la Modernidad. Historia y antropología del cuerpo en Colombia”, en *Cultura Política y Modernidad*, Restrepo, Jaramillo, Arango; CES Universidad Nacional, Colombia.
- Soler, Lucas (2005), “Lo que aprendí leyendo Play Boy”, revista SOHO, Edición 61, Colombia.
- Schuler, Margaret (1997), “Los derechos de las mujeres son derechos humanos: la agenda internacional del empoderamiento”, en *Poder y Empoderamiento de las Mujeres*, TM editores, Bogotá.
- Srilatha Batliwala, (1997) “El significado del empoderamiento de las mujeres: nuevos conceptos desde la acción”, en *Poder y Empoderamiento de las mujeres*, TM editores, Bogotá.
- Thomas, Florence (1994), *Los Estragos del Amor*, Editorial Universidad Nacional, Colombia.
- Idem (1990), “Amor, Sexualidad y Erotismo Femenino”, en *Mujer, Amor y Violencia: Nuevas interpretaciones de antiguas realidades*, Tercer Mundo Editores, Universidad Nacional de Colombia.

* *Esa Boba Chica Nice*: título de una canción, de la juvenil cantante Belinda.

** Diana Britto Ruiz, Master en Estudios Políticos de la Universidad Javeriana de Cali, Colombia, y Psicóloga de la Universidad del Valle. Actualmente es Directora de la Carrera de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali.